

¿Que quería, pues, la buena Marta? ¿Que me muriese de hambre? Me impresionó su razonamiento, y no queriéndole quitar el pan a nadie, fui a pedir asilo a unos campesinos que habían sido jornaleros míos, prestándoles, en cambio, por la noche, un servicio de vigilancia en la carbonera con el pretexto de que no podía dormir.

Al cabo de algunos meses, recibí la noticia de que el pobre Santos Bensai había muerto repentinamente. Lo lloré como un hermano. Un año después me llamó su viuda; pero yo estaba reducido a tal extremo que no quería presentarme ante ella.

Marta se atribuye ahora la gloria de haberme salvado. Y quizás tenga razón. Porque si bien es verdad que el bueno de Santos en su testamento, me recomendó a su mujer fervorosamente, no es menos cierto que ella hubiera podido rechazar esa recomendación.

—Agradece a Santos, que en santa gloria esté— me repite—su previsión. El supo guardar estos dinerillos, que eran tuyos, para nuestra vejez. Lo que tú no supiste hacer, lo hizo él por tí. ¡Lástima que le faltase valor, pobrecillo!

Y ahora, cuerdo, gozo el fruto escaso ¡ay, de mí! de la más cuerda de las virtudes: la del espíritu previsor de un ladrón bueno y agradecido.

## LIMONES DE SICILIA

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Fp do. 1925 MONTERREY, MEXICO

—¿Vive aquí Teresita?

El criado (todavía en mangas de camisa, pero ya agarrotado en el altísimo cuello, con sus escasos cabellos cuidadosamente alisados y dispuestos sobre el cráneo, enarcando las espesas cejas unidas, que parecían como unos mostachos fuera de su sitio natural, arrancados de los labios y pegados allí para que no se perdieran) miró de piés a cabeza al muchachote que tenía ante sí en el rellano de la escalera, mocetón de aspecto campesino, con la solapa del rudo chaquetón levantada hasta las orejas y las manos amoratadas, entumecidas por el frío, y, colgando de un hombro, haciéndose de contrapeso, una maleta vieja sobre las espaldas y por delante un saco sucio.

31081

—¿Teresita? ¿Y quién es Teresita?

El muchacho, antes de contestar, sacudió la cabeza para que se le saltase de la punta de la nariz una gota fría y después respondió:

—Teresita, la tiple.

—¡Vamos, vamos!—exclamó el criado con sonrisa de irónico asombro.—¿Así? ¿Teresita, acaso? ¿Y tú, quién eres?

—¿Está o no está?—preguntó de nuevo el muchacho frunciendo el ceño y sorbiendo ruidosamente por la nariz.—Dígale que está aquí Miguelillo, y déjeme entrar.

—No hay nadie—respondió el camarero, con reprimida sonrisa.—La señorita Marnis está todavía en el teatro, y...

—¿Y la tía Marta, también?—interrumpió Miguelillo.

—¿Es usted acaso su sobrino?—interrogó con asombro el camarero.—Pase, pase usted, pues... Aún no han venido. También está la tía en el teatro. Regresarán antes de la una. Esta noche es el beneficio de su... de su... ¿Qué es de usted, prima?

Miguelillo permaneció un instante apurado.

—No, no soy su primo... Soy... Miguelillo Bonavino; ya lo sabe ella... Vengo adrede del pueblo.

Ante tal respuesta, el camarero estimó, ante todo, conveniente retirarle el tratamiento y tutear-

le de nuevo. Introdujo a Miguelillo en un cuartito obscuro, cerca de la cocina, donde alguien roncaba estrepitosamente, y le dijo:

—Sientate ahí. Ahora traeré una luz.

Miguelillo miró primero hacia el sitio de donde venía el ronquido; pero nada pudo descubrir. Miró después a la cocina, donde el cocinero, asistido de un pinche, preparaba la cena. El diverso olor de los guisos en preparación, le venció. Tuvo casi una embriaguez vertiginosa: estaba poco menos que en ayunas desde la mañana. Venía de la provincia de Mesina; una noche y un día enteros de ferrocarril.

El camarero trajo una luz, y quien roncaba en el cuartito, detrás de una cortina suspendida de un cordelillo, refunfuñó en el sueño:

—¿Quién es?

—¡Ea, Dorina, arriba!—llamó el criado.—Mira, aquí está el señor Bonvicino.

—Bonavino—corrigió Miguelillo, que estaba soplando los dedos.

—Bonavino, Bonavino... Es un conocido de la señorita. Estás durmiendo como un plomo; llaman a la puerta y no oyes. Yo estoy en mis faenas, preparando la mesa, y no puedo hacerlo todo: cuidar del cocinero, que no está todavía al corriente, atender a los que llegan... ¿Te enteras?

Un amplio y sonoro bostezo, tan dilatado como el desperezo de los miembros y terminando en

un relincho, como surgido de un súbito estremecimiento, acogió la protesta del criado, que se alejó exclamando:

—¡Vamos, vamos!

Miguelillo sonrió, siguiéndole con la mirada a través de otra habitación en penumbra, hasta un vasto salón en el fondo, iluminado, donde lucía espléndida la mesa. Quedó maravillado en aquella contemplación, hasta que un nuevo ronquido le obligara a mirar otra vez la cortina.

El criado, con la servilleta debajo del brazo, pasaba y repasaba, refunfuñando, ora contra Dorina, que seguía durmiendo, ora contra el cocinero, que debía ser nuevo, llamado para el acontecimiento de aquella noche y le molestaba con sus continuas dudas e interrogaciones.

Miguelillo estimó prudente, para no aumentar el malhumor del criado, tragarse las preguntas que se le venían a la boca. Hubiera podido decirle, o insinuarle, cuando menos, que él era el novio de Teresita; pero se resistía a hacerlo, sin saber por qué; quizás porque el criado, entonces, se hubiera visto obligado a tratarle a él, a Miguelillo, como un señor; escrúpulo que, viendo al criado tan desenvuelto y elegante, aunque todavía sin frac, no conseguía vencer. En cierto instante, empero, al verle pasar, no pudo contenerse y preguntó:

—Oiga: ¿de quién es esta casa?

—Nuestra, mientras estemos en ella—respondió apresuradamente el criado.

Miguelillo movió la cabeza.

¡Pues era verdad lo que le habían dicho! ¡La fortuna llovida del cielo, contratos ventajosísimos! ¡Y aquel criado que parecía un gran señor, el cocinero, el pinche, Dorina, que roncaba, todos a las órdenes de Teresita! . . . ¿Quién lo había de decir? . . .

Evocaba con el pensamiento la mísera bohardilla, allá en Mesina, donde Teresita vivía con su madre... Cinco años antes, en aquel lejano cuartucho, si no hubiese sido por él, madre e hija hubieran muerto de hambre. ¡Y era él, él, quien había descubierto el tesoro en la garganta de Teresita! Cantaba ella entonces de la mañana a la noche, como un pajarillo en los tejados, ignorando la fortuna que atesoraba su voz. Y cantaba por tristeza, cantaba para no pensar en la miseria, que él aliviaba del mejor modo, no obstante la guerra que en su casa le promovían sus padres, singularmente su madre. Pero ¿podía él abandonar a Teresita en aquel estado, después que el padre de la pobre muchacha había fallecido? ¿Abandonarla porque carecía de todo, mientras él, poco o mucho, tenía su sueldo de flautista de la Banda municipal? ¡Vaya unas razones las de sus padres! ¿De qué sirve, entonces, el corazón? Había sido una verdadera inspiración del cie-

lo, una sugestión del destino, que él pusiera atención en la voz de Teresita, en la que nadie reparaba, aquel hermoso día abrioleño, cerca de la ventana cuyo marco recortaba un trozo del vívido azul del cielo. Teresita tataraba una apasionada canción siciliana, de la que Miguelillo recordaba todavía las tiernas palabras. Estaba triste Teresita aquel día, por la reciente muerte de su padre y por la obstinada oposición de la familia de Miguelillo; y también él—lo recordaba ahora—sentía tal tristeza que, oyéndola cantar, hasta se le habían asomado las lágrimas. Muchas veces había oído la misma canción: pero cantada de aquel modo, nunca. Y tan hondamente se había emocionado, que el día siguiente, sin avisar ni a ella ni a su madre, se presentó en la bohardilla con el director de la Banda, amigo suyo. Y así habían comenzado las primeras lecciones de canto; y durante dos años, fué comprándole papeles de música; le había alquilado un piano, amén de una muy parva gratificación que daba al maestro, con lo que gastaba casi todo el sueldo. ¡Hermosos días lejanos! Teresita ardía toda ella en el deseo de emprender el vuelo, de lanzarse al porvenir, venturoso, según le auguraba el maestro. Y entre tanto ¡qué de caricias de fuego a él, para demostrarle toda su gratitud, y qué de sueños de felicidad común!

La tía Marta, por el contrario, movía amarga-

mente la cabeza; había visto tantas cosas en su vida, pobre viejecilla, que ya no tenía confianza en el porvenir. Temía por su hija y no quería que ella pensase siquiera en la posibilidad de arrancarse a la resignada pobreza en que vivían; sabía también lo caro que costaba a Miguelillo la locura de aquel sueño peligroso.

Pero ni él ni Teresita la escuchaban; y en vano ella se había rebelado cuando un joven compositor, después de oír a Teresita en un concierto, declaró que constituiría un delito no darle mejores maestros y una acabada educación artística; era preciso, pues, enviarla a Nápoles, al Conservatorio de Nápoles, costase lo que costase.

Oír aquello y poner manos a la obra, todo fué uno para Miguelillo, sin que le importasen las consecuencias: ruptura con sus padres y venta de un bancaleño que había heredado de un tío suyo, cura. Así fué como Teresita pudo ir a Nápoles y acabar sus estudios.

No había vuelto a ver a Miguelillo desde entonces. Cartas, sí... Conservaba las que le había escrito desde el Conservatorio y, además, las de la tía Marta, cuando ya a Teresita, lanzada a la vida artística, se la disputaban los principales teatros, después del éxito clamoroso en el San Carlos. Al pié de aquellas trémulas e inciertas cartas de la tía Marta, mostrando a lo mejor líneas rasgadas, siempre había alguna frase cariñosa de

Teresita, que apenas si tenía tiempo para escribir: «Querido Miguelillo: Corfirmo cuanto te dice la mamá. Cúdate y quiéreme mucho.» Habían convenido en que Miguel esperaría cinco, seis años, el tiempo que juzgaban necesario para que ella hiciese fortuna. ¡Los dos eran jóvenes: podían esperar! Y durante los cinco años ya transcurridos, Miguelillo enseñaba las misivas a quien quisiera verlas, para destruir las calumnias que sus padres lanzaban contra Teresita y la tía Marta. Más tarde, enfermó él; estuvo a la muerte, y, en aquella ocasión, insospechadamente, la tía Marta y Teresita habían enviado a su dirección una buena suma; la mayor parte de este dinero, se la llevó la enfermedad, y el resto tuvo que arrancarlo a viva fuerza de las manos rapaces de sus padres para devolvérselo a Teresita. Este era el motivo de su viaje. Porque a él ¿qué le importaba el dinero? ¡No lo quería! No porque le pareciese limosna, cuando tanto había hecho él por Teresita. Pero ¡quién podía pensar en esto, y mucho menos en aquel lugar, en aquel momento! ¡Dinero, nunca, nunca! Cuando tantos años había esperado, aún podía esperar más... Aunque sí, por el contrario, a Teresita le sobraba el dinero, señal era de que se habían resuelto todas las dificultades y había llegado el momento de que la antigua promesa se cumpliera, a despecho de quienes no querían creerlo.

Miguelillo se puso en pié, arrugando el entrecejo, como para afirmarse en esta conclusión; se sopló de nuevo las manos heladas y golpeó el suelo con los piés para calentárselos.

—¿Tiene usted frío—le dijo al pasar el criado.—Ya falta poco. Pase usted a la cocina y estará mejor.

Miguelillo no quiso seguir el consejo del criado, que con su aire de gran señor, le desconcertaba y enojaba. Sentóse de nuevo y se puso a reflexionar consternado. Poco después, le sacudió un fuerte campanillazo.

—¡Dorina, la señorita!—gritó el criado, poniéndose precipitada y furiosamente el frac, mientras corría a abrir; pero viendo que Miguelillo iba a seguirle, se detuvo de pronto y le intimó:

—Usted, quédese ahí; deje que la avise antes.

—¡Ay, ay!—se lamentó una voz soñolienta detrás de la cortina.

Y poco después apareció una mujer, gordiflona, desgarrada, que arrastraba una pierna y no conseguía despegar los ojos, envuelta en un chal de lana que le tapaba hasta la nariz y los cabellos rubios teñidos.

Miguelillo la miró atontado. Ella también, sorprendida, desgranó los ojos ante aquel extraño.

—La señorita llama—repitió también Miguelillo.

Dorina, entonces, recobró el sentido de la realidad.

—¡Voy, voy!—dijo, quitándose y echando detrás de la cortina el chal, y disponiéndose con toda su pesada persona a correr hacia la puerta.

La aparición de aquella bruja teñida; la intimación del criado, inspiraron de pronto a Miguelillo, desfallecido, un angustioso presentimiento. Oyó la voz aguda de la tía Marta:

—¡Vaya usted al salón, al salón, Dorina!

El criado y Dorina pasaron por delante de él, llevando magníficos canastillos de flores. Miguelillo estiró el cuello para mirar, en el fondo, el salón iluminado, y vió muchos caballeros puestos de frac que hablaban confusamente. Se le anubló la vista; era tanto su estupor, tanta su conmoción, que no se dió cuenta de que sus ojos se habían llenado de lágrimas. Los cerró, y en aquella obscuridad, se replegó en sí, como para resistir el destrozo que le ocasionaba una larga y cristalina risa. ¿Era Teresita? ¡Dios mío! ¿Por qué reía de ese modo, allí?

Un grito reprimido hízole abrir los ojos, y vió ante sí, desconocida, a la tía Marta, tocada con sombrero—¡pobrecita!—y envuelta en un riquísimo abrigo de terciopelo.

—¡Cómo! ¿Tú aquí, Miguelillo?

—¡Tía Marta!. . .—exclamó Miguelillo, casi asustado, mirándola largamente.

—Pero... ¿qué es esto, hombre?—continuó la viejecilla desconcertada.—¿Sin avisarnos? ¿Qué ha pasado? ¿Cuándo has llegado? ¡Y precisamente en una noche como esta! ¡Dios mío, Dios mío!

—He venido para...—balbuceó Miguelillo, no sabiendo ya qué decir.

—¡Espera, espera!—interrumpió la tía Marta.—¿Qué hacer? ¿Cómo nos lo arreglaremos? ¿Vés cuanta gente, hijo mío? ¡Es el beneficio de Teresita!. . . Espera, espera un poco aquí...

—¡Si usted cree que debo marcharme!. . .—intentó decir Miguelillo, a quien la angustia agarrotaba la garganta.

—¡No, digo que te esperes un poco!—se apresuró a responder la buena viejecilla, toda confusa.

—La verdad es...—añadió Miguelillo—que a estas horas y en esta ciudad, no sabría dónde ir...

La tía Marta le dejó, haciéndole señal, con una mano enguantada, de que esperase; y entró en el salón, donde, poco después, a Miguelillo le pareció que se abría un abismo: se había hecho un silencio repentino. Después oyó, claras, precisas, estas palabras de Teresita:

—Permítanme un momento, señores...

Y de nuevo se le anubló la vista, en la espera de su aparición. Pero Teresita no vino, y las conversaciones se reanudaron. Volvió, en cambio, pocos minutos después, que a él le parecieron si-

glos, la tía Marta, sin el sombrero, sin el abrigo, sin guantes, menos confusa.

—Esperaremos un momento aquí. ¿Estás contento?—le dijo.—Te haré compañía... Están cenando ahora... Nosotros estaremos aquí. Dorina nos preparará esta mesita y cenaremos juntos; recordaremos aquellos buenos tiempos ¿verdad? Me parece mentira verme contigo, hijo mío, aquí, aquí, separados de... ¡Compréndelo! ¡Hay allí tantos señores! ¡Ella, la pobrecita, no puede hacer otra cosa!... Es su carrera ¿comprendes? ¡No puede ser de otro modo! ¿Has leído los periódicos? ¡Qué cosas tan grandes dicen, hijo mío! Pero yo... yo estoy siempre en zozobras... ¡Parece mentira que pueda estar contigo esta noche!

Y la buena viejecita, que hablaba instintivamente para no dar tiempo a que Miguelillo reflexionase, por fin sonrió y se frotó rudamente las manos, mirándole enternecida.

Vino Dorina a poner apresuradamente la mesa, porque ya en el salón había comenzado la cena.

—¿Vendrá?—preguntó pensativo Miguelillo, con voz angustiada.—Aunque no sea más que para poderla ver...

—¡Vendrá, vendrá, seguramente!—respondió súbito la viejecilla, esforzándose por disimular su apuro.—Apenas tenga un momentito: ya me lo ha dicho.

Miráronse los dos y sonrieron, como si por fin

se reconocieran el uno y la otra. A través de la inquietud y de la emoción de sus almas, aquella sonrisa era el camino que encontraban para saludarse. «Usted es la tía Marta», decían los ojos de Miguelillo. «Y tú eres Miguelillo, mi querido y buen hijito, siempre el mismo, bendito mío», decían los de la tía Marta. Pero en seguida, la buena viejecilla, bajó los suyos, para que Miguel no leyese otra cosa en ellos.

De nuevo, se frotó las manos y dijo:

—Cenemos, ¿eh?

—¡Yo tengo mucha hambre!—exclamó, contento y confiado, Miguelillo.

—Ante todo, la señal de la cruz, que delante de tí, bien puedo hacerla—añadió la viejecita con aire malicioso, guiñando un ojo, y se santiguó.

El criado vino a ofrecerles el primer plato. Miguel puso mucha atención en observar cómo se servía la tía Marta. Pero al llegar su vez y levantar sus manos, pensó que las tenía sucias del largo viaje; enrojeció, confundido, levantó los ojos para mirar al criado, que, muy ceremoniosamente y con una leve inclinación de cabeza, sonrió como para invitarle a que se sirviera. Afortunadamente, la tía Marta acudió a sacarle del atolladero.

—Yo, yo te serviré, Miguelillo.

¡La hubiese besado en agradecimiento! Y una

vez servido, apenas se alejó el criado, se santiguó también él apresuradamente.

—¡Buen hijo!—dijo la tía Marta.

Y él se sintió feliz, a sus anchas, y se puso a comer como jamás había comido en su vida, sin pensar ya ni en sus manos ni en el criado.

Sin embargo, siempre que este, entrando o saliendo del salón, abría el cancel de cristales, llegaba a sus oídos como un oleaje de palabras confusas o un estallido de risa. Se volvía entonces, turbado, y después miraba con ojos afligidos y cariñosos a la viejecilla, como para leer en los suyos una explicación. Pero, por el contrario, se leía en ellos el ruego de que no preguntase ni oyesse nada por el momento, aplazando para más tarde las explicaciones. Y nuevamente sonreían los dos, y continuaban comiendo y hablando del pueblo lejano, de amigos y conocidos, de quienes la tía Marta pedía noticias incesantemente.

—¿No bebes?

Miguelillo extendió la mano para coger la botella. Pero en aquel mismo instante, se abrió el cancel... y un crujido de sedas, entre pasos apresurados, un deslumbramiento, como si el cuartito se inundase violentamente de luz para cegarle...

—¡Teresita!

Y la voz se le murió en los labios, del estupor. ¡Oh, qué reina!

Con el rostro encendido, desorbitados los ojos,

la boca abierta, la contempló atontado. Pero ¿era ella? . . . ¿de aquél modo? . . . Desnudo el seno, desnudos los hombros, desnudos los brazos... refulgiendo toda ella de joyas y sedas... No creía verla como criatura viva y real... ¿Qué le recordaba ella? Ni su voz, ni sus ojos, ni su sonrisa, nada reconocía en Teresita, en aquella aparición de ensueño.

—¿Cómo estás? ¿Estás bien, Miguelillo? ¡Que contenta! . . . ¿Has estado enfermo, verdad? . . . Dentro de un momento nos volveremos a ver... Entre tanto, mamá estará contigo... Conformes, ¿verdad?

Y Teresita huyó al salón, toda rumorosa.

—¿Por qué no comes más?—preguntó poco después la tía Marta, para romper el embobamiento de Miguel.

Este se volvió apenas para mirarla.

—Come—insistió la viejecita, indicándole el plato.

Miguel se llevó los dedos al cuello de la camisa, rugoso, sucio, y tiró de él como para abrir paso a un suspiro.

—¿Comer?

Y agitó repetidamente los dedos cerca de los labios, como significando que le era imposible probar un bocado más. Aún permaneció largo rato en silencio, abatido, absorto en la visión del momento antes, y murmuró:

—¡Qué hermosa está!..

Y vió como la tía Marta movía tristemente la cabeza, suspendiendo también la comida, como si esperase.

—¡No hay ya ni que pensar en ello!..—añadió después, casi para sí, cerrando los ojos.

Veía ahora Miguel, en las tinieblas de su mente, el abismo que se había abierto entre los dos. No, aquella no era ya su Teresita. Todo había terminado entre ellos desde hacía mucho tiempo, mucho tiempo, y él, necio, lo descubría ahora, obstinado en negar la evidencia, a pesar de las veces que se lo habían repetido en el pueblo... ¿Qué hacía él allí? ¿Qué papel era el suyo, en aquella casa? Si aquellos señorones; si hasta el mismo criado, hubiesen sabido que él, Miguelillo Bonavino, había llegado con los huesos molidos, desde tan lejos, ¡nada menos que treinta y seis horas de ferrocarril! creyendo todavía seriamente ser el prometido de aquella reina, ¡qué risotadas no hubiesen soltado los admiradores de Teresita, el criado, el cocinero, el pinche y hasta Dorina! ¡Qué de risotadas también si a Teresita se le hubiese ocurrido llevarle con ella hasta el salón, para decir a sus devotos: «¡Miren ustedes a este pobrecillo flautista! ¡Dice que quiere ser mi marido!» ¡Cierto es que ella misma se había prometido a Miguelillo; pero ¡quién hubiera podido suponer entonces que el destino le reservase

tanto esplendor! También era verdad que él le había indicado aquel camino, y dado medios para que pudiese abrirse paso... Pero había caminado tanto, tan lejos, que él, confinado, siempre el mismo, flautista de los domingos en la plaza del pueblo ¿cómo podría ya alcanzarla? ¡Ni pensarlo siquiera! Y después de todo... ¿qué valor tenían los cuatro cuartos que gastó entonces para la que ya estaba transformada en gran señora? Se avergonzaba sólo de pensar que su viaje obedeciera al objeto de reclamar algún derecho sobre las miserables monedas invertidas por él. Sin embargo, recordó en aquel instante que tenía en el bolsillo el dinero que le había enviado Teresita cuando estuvo enfermo. Enrojeció; sintió vergüenza, y hundió una mano en el bolsillo interior de la chaqueta, donde guardaba su cartera.

—Tía Marta: He venido también—dijo apresuradamente—para devolverles el dinero que me enviaron. ¿Querían pagarme de este modo? ¿Es acaso una restitución? ¡No la admito! ¡Veo que Teresita está hecha una reina! ¡Veo... que todo ha terminado, no hay que pensar más en ello! Pero, la verdad... el dinero, ¡eso no! ¡No esperaba que hiciese eso conmigo! ¡Todo ha terminado, ya lo sé, no hablemos más! ¡En cuanto al dinero... no, no! ¡Hasta siento no traerlo todo!

—¿Qué dices, hijo mío?—trató de interrumpir,

temblorosa, afligida y con lágrimas en los ojos, la tía Marta.

Miguelillo hizo seña de que callase.

—No lo he gastado yo: lo gastaron mis padres durante mi enfermedad, sin que yo lo supiese. Valgan por aquella miseria que en otro tiempo gasté yo... ¿recuerda usted? ¡No merece la pena, no pensemos más en ello! Aquí está el sobrante, yo me voy.

—¿Pero cómo? ¿Qué prisa llevas?—exclamó la tía Marta, intentando detenerle.—Espera al menos que se lo diga a Teresita. ¿No has oído que quería volverte a ver? Voy a decírselo...

—No. Es inútil—respondió Miguelillo, decidido.—Déjela con esos señores; está allí bien, en su sitio. Yo ¡pobre de mí!. . Ya la he visto, y me ha bastado. ¡Márchese también allí, tía Marta!. . ¿No oye usted como ríe?. . Me voy, me voy; no quiero que se ría de mí... Me voy.

La tía Marta interpretó en el peor sentido aquella resolución imprevista de Miguelillo; como un acto de desdén, como un impulso de los celos. Le parecía ya ¡pobrecita! que todos, al ver a su hija, de pronto debían concebir la más triste de las sospechas, precisamente la que producía su llanto inconsolable, por la que arrastraba sin descanso su secreta amargura, entre el tumulto de aquella vida de lujo odioso, que cubría de ignominia su cansada vejez.

—¡Ahora ya!. .—se le escapó de los labios— ¡Ahora ya!. . No puedo defenderla, hijo mío...

—¿Por qué?—preguntó entonces Miguelillo, leyendo de pronto en los ojos de la tía Marta la sospecha que aún no había concebido; y se le oscureció el semblante.

La viejecilla palideció en su pena, y escondió el rostro entre las trémulas manos; pero no consiguió refrenar el ímpetu de las lágrimas invasoras.

—¡Sí, sí, vete, hijo mío, vete!. .—dijo sofocada por los sollozos.—¡Ya no es para tí; tienes razón!. . ¡Si me hubiéseis creído!

—¿Qué quiere decir?. .—prorrumpió Miguelillo, inclinándose hacia ella, y apartándole con fuerza una mano del rostro.

Pero fué tan dolorida y lastimera la mirada con que ella le imploró piedad, llevándose un dedo a los labios, que él se refrenó y añadió en otro tono, esforzándose en hablar en voz baja:

—¡Ah! ¡De modo que ella... ya no es digna de mí! ¡Basta, basta! De todos modos me hubiese ido; pero ahora más pronto! ¡Qué necio, tía Marta! ¡No haberlo comprendido! ¡No llore, no llore! ¡Qué ha de hacerlo ya! ¡Y a eso lo llaman la fortuna!

Cogió el maletín y el saquito de debajo de la mesa, y se disponía a salir cuando recordó que

llevaba unos hermosos limones que de su pueblo había traído para Teresita.

—¡Mire, mire usted, tía Marta!—continuó.

Y abriendo el saco, puso un brazo sobre la mesa, a modo de barrera, y volcó sobre ella los frescos y perfumados frutos.

—¿Y si comenzase a tirar todos esos limones—añadió—a la cabeza de aquellos caballereses?

—¡Por caridad!—gimió la viejecita entre lágrimas, haciendo de nuevo un signo suplicante para que callase.

—No, no tema usted—añadió Miguelillo, riendo cruelmente, y guardándose en el bolsillo el saco ya vacío de los limones.—Los había traído para ella; pero se los dejo a usted, a usted sola, tía Marta.

Tomó un limón, y llevándolo a la nariz de la buena vieja.

—¡Qué hermoso perfume, tía Marta! ¡Es el perfume de nuestro pueblo! ¡Y pensar que hasta he debido pagar los consumos! ¡Acabemos! Para usted sola, ¿eh? A ella puede decirle de mi parte, que sea muy feliz.

Tomó de nuevo el maletín y se fué. Pero al bajar la escalera, le venció un angustioso desfallecimiento: solo, abandonado, de noche, en una gran ciudad desconocida, lejos de su pueblo, desilusionado, chasqueado, escarnecido... Bajó al patio y vió que llovía a cántaros. No tuvo valor para

aventurarse por aquellas calles ignoradas, bajo la lluvia. Volvió a entrar lentamente; subió algunos peldaños de la escalera, y se sentó después en uno de ellos, con los piés sobre el rellano, y apoyando los codos sobre las rodillas y la cabeza entre las manos, comenzó a llorar silenciosamente.

Al terminar la cena, Teresita Marnis reapareció en el cuarto. Allí encontró a mamá, que también lloraba, sola, mientras más allá, todos aquellos señores alborotaban y reían.

—¿Se ha marchado?—preguntó sorprendida.

La tía Marta dijo que sí con la cabeza, sin mirarla. Teresita fijó los ojos en el vacío, absorta, después suspiró:

—¡Pobrecito! . .

Pero inmediatamente sintió deseos de sonreír.

—¡Mira!—le dijo la madre, sin refrenar ya el llanto con su servilleta.—Te había traído estos limones.

—¡Oh, qué hermosos son!—exclamó Teresita dando un brinco.

Apretó un brazo junto a su cintura, y con la otra mano fué colocando cuantos limones pudo llevar.

—¡No! ¡No los laves allí!—protestó vivamente su madre.

Pero Teresita se encogió de hombros, y corrió hacia el salón gritando:

—¡Limonos de Sicilia! ¡Limonos de Sicilia!